REPERTORIO AMERICANO

DECENARIO DE LOS INTERESES CONTINENTALES

Editor: J. García Monge.

Vol. II | San José de Costa Rica, Lunes 20 de Junio de 1921 | Nº 23

Discurso del Doctor Carlos E. Restrepo al inaugurar la "Casa del Pueblo" de Bogotá

Pueblo de Bogotá:

Vengo a presentaros, tras dilatada ausencia, mi férvido saludo y a renovaros el homenaje de mi cariño y de mi gratitud. Durante cuatro años nos albergasteis a mí y a los míos en vuestro seno generoso, compartisteis con nosotros vuestro pan y vuestra sal y rodeasteis nuestro hogar de respeto y de consideraciones abrumadoras. Que os pague Dios, vuelvo a deciros, que os pague Dios «la dádiva impagable».

Aun resuenan en mi alma, y el eco vivirá en ella para siempre, las voces de aprobación desinteresada y de aliento cálido y noble con que me despedisteis al dejar el Poder, en aquella apoteosis tributada al más modesto de los Presidentes de Colombia, y digna apenas del Gobernante más eximio. Esa manifestación inesperada y abrumadora, semejante a la que acabo de recibir a mi regreso, han redimido, seguirán redimiendo muchas horas de soledad y desencanto; y la sensación que experimento, y sabré conservar siempre, al estrechar entre las mías vuestras manos honradas por el trabajo y por el sufrimiento, fortalecerá mi brazo para seguir luchando por vuestros fueros, por vuestro bienestar y por vuestros derechos.

Desde que os dije adiós, ¡cómo ha cambiado el Mundo! Pudiera afirmarse que se han trastornado sus seculares fundamentos. Tras la sangrienta vendimia en que la muerte segó por millones las vidas más valiosas de las naciones más fuertes, cayeron imperios, cambió la faz de los Estados, murieron unos y nacieron otros, y sobre casi todos ellos quedan imperando desolaciones apocalípticas.

Ideas, instituciones, pueblos y hombres... se agitan en un caos indescriptible; pero si uno se empina un poco para divisar el conjunto con mejor precisión; si estudia el pasado para adivinar el futuro; si se da cuenta del curso que llevan las evoluciones de la humanidad en los siglos, tiene derecho a deducir que lo que está pasando es transitorio y se encamina a la formación de un mundo nuevo, en el cual aparece algo perfectamente claro: el triunfo final y definitivo de la democracia. En el siglo XIX la voz de mando correspondió a los autócratas; ciegos están, y sordos, los que no vean y no oigan que en el siglo XX el último gesto y la última palabra han de corresponder a los pueblos.

Este estado de cosas traerá—así lo creo y espero—el gobierno efectivo del pueblo para el pueblo, esto es, un gobierno que no emane de familias, de privilegios ni de castas, sino de la voluntad popular, libre e ilustradamente emitida; en que no haya clases antagónicas, ni agrupaciones perseguidoras ni perseguidas, sino una sola familia nacional, copartícipe de la heredad común en la proporción de los merecimientos individuales.

Pero esa misma aspiración de gobierno popular exige condiciones de cultura verdaderamente excepcionales. En los Estados de formación autocrática es preferible y basta que apenas unos pocos sean los que sepan mandar: es mejor, o por lo menos más cómodo, que no analice, que no estudie ni compare; de allí que tales Estados persigan siempre la libertad de la prensa y miren como perniciosa la circulación del pensamiento escrito.

En los Estados que nacen de la democracia, las cosas deben pasar de un modo enteramente distinto y aun contrario: si el gobierno del pueblo para el pueblo es el único digno y conveniente, requiere en el mismo pueblo grandes condiciones de cultura para que pueda comprender la plenitud de sus derechos y de sus deberes, ejercitar aquéllos con ventaja y cumplir éstos con fecundidad.

Uno no es libre porque lo oiga decir con elocuencia ni porque lo grite en plazas ni caminos; no es libre el ciudadano porque así se escriba en un papel, ni siquiera porque sienta el deseo y la aspiración de serlo; para gozar los beneficios de la libertad, para llegar a ese feliz estado en que se satisface la inteligencia y reposa el corazón, no hay más camino que el señalado por Jesucristo: conocer la verdad, porque sólo la verdad nos hará libres.

He aquí porqué todos los que nos peocupamos por nuestra propia suerte y la de nuestros compatriotas, sintetizamos los problemas nacionales en el problema de la instrucción y educación populares: abramos escuelas para el pueblo, fomentemos bibliotecas para el pueblo, escribamos periódicos para el pueblo y eso nos abrirá las puertas del bien, del progreso, de la verdad y la libertad.

No es libre el que quiere sino el que puede y el que sabe ser libre; el que no es conducido por los demás sino que se conduce a sí mismo; el que, llegado el momento de la duda, de la dificultad o del conflicto, no tiene que acudir al patrón, al gamonal ni a amo alguno, porque consulta a su propia conciencia, pero a su conciencia ilustrada y dignificada por la verdad.

Tal es el significado y la trascendencia que debemos dar a la hermosa institución que estamos inaugurando, a la Biblioteca de La Casa del Pueblo. Entrad a ella diariamente, vivid aquí cuantas horas podáis robar a las diversiones estériles y haced perseverante compañía a estos amigos incompara-

OCASO

A Luis Carlos López, en Cartagena de Indias.

El cielo se pintó, como un payaso,
la cara con la sangre de un celaje,
tomó el arco iris,—cinturón de raso,—
y se ciñó los pliegues de su traje.

Se incrustó los pedazos de un diamante
y en actitud de una graciosa prueba,
contrayendo su rostro extravagante
sacó una lengua azul: la luna nueva.

Y en la esquina, el músico andariego,
alegría del barrio,—pobre y ciego—,
como en anuncio de una gran función,

iniciando el compás con las rodillas
toca una polca haciéndole cosquillas
a su estridente y viejo saxofón.

Asdrúbal Villalobos

bles: los libros: ellos halagarán los sentimientos de vuestros corazones, suplirán a las necesidades de vuestras inteligencias, disiparán vuestras dudas, aumentarán vuestras alegrías, consolarán vuestras tristezas y os harán olvidar las amarguras, las acritudes y las injusticias de esta vida perecedera.

—«¿Qué harán los que no oran?», suspiraba un místico. Así es en verdad; pero del mismo modo exclamaríamos nosotros:—¿Qué harán los que no leen?

Leed, leed mucho, leed siempre, estudiad, conoced las opiniones de los sabios, comparadlas, penetrad en el santuario del pensamiento humano, iluminaos con su luz y desentrañad su virtud y su verdad. Así seréis vuestros propios amos, vuestros únicos y seguros conductores.

Sólo la instrucción y la educación podrán prepararnos para desempeñar debidamente el papel que nos corresponde en la nueva humanidad surgida de los cataclismos actuales. Los problemas que plantea a sus hijos este siglo, que lleva en sus entrañas la revaluación total de todos los sistemas, no pueden resolverse con las viejas normas de nuestra vida política ni con la simplicidad de las organizaciones primitivas, buenas para un pueblo que en la sencillez de sus pasiones y en el aislamiento de su vida, sólo tuvo que distinguir entre el sí y el no sobre un tablero de colores elementales. Las nuevas situaciones se complican hasta extremos indefinidos y los matices buscan zonas lejanas hasta más allá del rayo ultra-violeta.

Estudiando la actitud de los jefes más ilustres del movimiento contemporáneo y la de todas las agrupaciones sociales y políticas, da pasmo ver cómo vacilan, sondean, ensayan, comienzan y recomienzan estérilmente para encontrar el rumbo definitivo. Incorporados nosotros—de grado o por fuerza—en el movimiento internacional, tenemos que adquirir y educar un criterio de maravillosa adaptabilidad que nos permita actuar en él, no como fósiles sino como agentes activos, útiles y dirigentes. Ayudemos al mundo en este caos y tengamos el valor de pensar por cuenta propia.

¿Quién es la verdad? ¿Qué es la verdad? Lo es Dios y El lo sabe; pero en la esfera de los negocios puramente humanos, en los económicos y políticos mayormente, que tan de cerca se rozan con nuestro diario vivir, la verdad definitiva se oculta a nuestros ojos en la sombra nebulosa del porvenir.

Pero sí podemos adquirir una verdad, y es aquella relativa y humilde, si se quiere, pero digna y consoladora, y es *nuestra verdad:* la que se busca y se halla con perseverancia, estudiando sin prejuicios, meditando sin pasiones, con desinterés, con absoluta buena fe; esa sí es accesible aún para los entendimientos más humildes, y una vez adquirida, ennoblece, reposa e ilumina.

Entrad, entremos todos a la biblioteca, vivamos con el periódico y el libro; formaremos así una comunidad de pensamiento y en ella seremos todos artesanos, los artesanos de nuestro propio destino.

(De *Colombia*. Mayo 1º de 1921).

Advertencias de la Revista «El Maestro»,

publicación que edita y regala la Universidad Nacional de México, a sus lectores:

El Gobierno publica esta Revista con positivo esfuerzo. Ni un sólo ejemplar debe ser inútil. Si a usted no le sirve y no la da a quien pueda aprovecharla, deja sin utilizar dinero del Estado que es dinero del pueblo.

*

¿Sabe usted leer y escribir? Enseñe, pues, a los que no saben. Es un deber que le corresponde como mexicano y como hombre. Pida hoy mismo a la Universidad Nacional su nombramiento de Profesor Honorario.

*

¿Es usted padre de familia, maestro, obrero o simple ciudadano? A sus hijos, a sus alumnos o a sus amigos dígales siempre que deben aspirar a dos cosas: la honradez y el trabajo. Lo demás les será dado por añadidura.

*

Usted desperdicia diariamente por lo menos una hora. ¿Por qué no la utiliza en enseñar a leer o escribir? Si puede usted hacerlo debe hacerlo. Defrauda usted los intereses de su patria no dando a sus conciudadanos la instrucción que necesitan y esperan de quienes pueden dársela.

*

Si esta Revista no le interesa a usted recuerde que seguramente conoce a una persona a quien pueda interesarle y regalársela. De este modo contribuirá usted con algo a nuestra obra.

*

Hacendado, comerciante o particular: sus peones, empleados o sirvientes necesitan instrucción. Son hombres con los mismos derechos de ustedes para procurar su mejoramiento.

*

Los educadores mexicanos deben crear en la juventud hábitos de acción. La acción es la vida. Ni un sólo esfuerzo se pierde en el mundo y todos los hombres necesitan ser capaces de realizar un esfuerzo.

*

Un país es fuerte no por el número de sus abogados, médicos y poetas, sino por el de sus hombres de trabajo: campesinos, obreros, industriales, comerciantes honrados, etc. El florecimiento que éstos acarrean hará posible la general y efectiva labor de los primeros. No aspiremos a un título que nada vale, sino a trabajar en aquello para que hayamos nacido aspirando fuerte y decididamente a ser el mejor y más perfecto de los individuos de nuestro gremio. Prefiramos ser el mejor dulcero de la República, al peor abogado de la ranchería.

Quien habla de la **CERVECERIA TRAUBE** se refiere a una empresa en su género, singular en C. R.

Su larga *experiencia* la coloca al nivel de las fábricas análogas *más adelantadas* del mundo.

Posee una planta completa: más de *cuatro manzanas* ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

Cervecería, Refresquería, Oficinas, Planta eléctrica, Taller mecánico, Establo.

Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES.

FABRICA

Cervezas
Estrella, Lager, Selecta, Doble, Pilsener y Sencilla.

Refrescos
Kola, Zarza, Limonada, Naranjada, Ginger-Ale, Crema, Granadina, Kola, Chan, Fresa, Durazno y Pera.

Siropes
Goma, Limón, Naranja, Durazno, Menta, Frambuesa, etc.

Prepara también *agua gaseosa* de superiores condiciones digestivas.
Tiene como especialidad para fiestas sociales la KOLA DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA.

SAN JOSE — COSTA RICA

La preponderancia de los Estados Unidos en el mar Caribe

(Finaliza. Viene del Nº 19).

III.—El factor económico en las relaciones de los Estados Unidos con las Repúblicas que se encuentran bajo su esfera de influencia.

HEMOS dicho antes que una finalidad eminentemente política era la causa del intervencionismo de los Estados Unidos en la zona del mar Caribe y que a dicha nación no le interesaban tanto los países protegidos por lo que en sí mismo pudieran significar, como por su posición geográfica. Esto es exacto en lo que se refiere a la causa primordial, al origen, por así decirlo del intervencionismo; pero, una vez iniciado éste, y tan pronto como bajo su garantía se inviertan en un Estado protegido, capitales norteamericanos, éstos han de contribuir, con tanta fuerza como la finalidad política, al mantenimiento del protectorado. La estrecha relación entre el gobierno y las empresas privadas, en los grandes Estados modernos, es un fenómeno constante, dice Edwin Borchard, profesor de Derecho en la Universidad de Yale. El capital ocioso existente en un país se dirige allí donde se le brinden garantías; por eso se explica, dice dicho profesor, la íntima relación existente entre el Ministerio de Relaciones Exteriores de la Gran Bretaña y el capitalista británico que invierte sus recursos en el extranjero.

Los Estados Unidos no podían constituir una excepción a la regla general. La influencia política desenvuelta por esta República en el exterior tenía que ser seguida, y lo ha sido, por la expansión comercial; con una particularidad: que ha contribuído a acrecentar este hecho, que se produce siempre de una manera natural, la circunstancia, puramente casual, de que el inicio de la política intervencionista de esta nación ha coincido con el momento en que, ya colmadas las necesidades de su comercio y de sus industrias interiores, sus hombres de negocios comenzaron a pensar en la conveniencia de invertir sus capitales en el exterior.

Buena prueba de lo que representa el factor económico en las relaciones entre el Estado protector y el protegido, la constituye un detalle de nuestra historia, que podemos citar aquí. Cuando en 1906 intervinieron los Estados Unidos en nuestra contienda civil, hubieron de darle la razón a los alzados en armas—como dijo el Dr. Varona en una serie de artículos que en aquel entonces vieron la luz—, porque no vinieron a moralizarnos, sino a apaciguarnos; miraron la cuestión desde un ángulo visual americano y por eso exigieron que a todo trance se hiciera la paz.

El factor económico tiene otro aspecto de no menor importancia, desde el punto de vista político y cuya fuerza ha de crecer a medida que se estrechen las relaciones comerciales entre los Estados Unidos y sus Estados protegidos; nos referimos al consumo de la producción de estos últimos en el mercado norteamericano. Los hombres de los países fríos necesitan consumir determinados productos de los países tropicales; lo exige el tipo de vida del trabajador americano, ha dicho un economista. Cuando ocurra en las otras repúblicas lo que acontece hoy en Cuba; cuando se diga de su producción lo que hoy se dice y repite entre nosotros, como respondiendo a una convicción: que los Estados Unidos no pueden prescindir de nuestro azúcar; llegado este momento, la necesidad de que las revueltas no afecten a la producción, constituirá un motivo que ha de compeler a los Estados Unidos, con tanta fuerza como los demás, a exigir a dichas repúblicas que vivan en paz.

VI.—Ingerencia de la Administración del Presidente Wilson en determinados asuntos, de orden interno, de las Repúblicas de México, Costa Rica y Guatemala.

¿QUÉ razón existe, se dirá, para que la política intervencionista de los Estados Unidos alcance solamente a las Repúblicas de Cuba, Haití, Santo Domingo, Panamá y Nicaragua, y no se ejerza también sobre las otras Repúblicas Centroamericanas? La razón es obvia: los protectorados o supervisiones que ejercen los Estados Unidos no se han adoptado por sistema; se han establecida a medida que los han ido reclamando los intereses de esta nación. En el caso de las islas de Cuba y Santo Domingo, preocupóse el gobierno norteamericano por la posesión de las mismas, a causa de estar situadas frente a la costa meridional de los Estados Unidos y dominando, además, las vías que conducen al canal; y con respecto a Panamá y Nicaragua, la necesidad de dominar y controlar la comunicación interocéanica fué la que determinó la supremacía sobre estos dos países. El día en que algún interés, sea cual fuere, aconseje a los Estados Unidos someter a su control las otras Repúblicas Centroamericanas, no hay duda de que actuarán en tal sentido.

Por lo pronto, ciertos sucesos ocurridos en Costa Rica y Guatemala durante la administración de Wilson, demuestran que los Estados Unidos observan de cerca los destinos de dichas Repúblicas y que les preocupa, con respecto a ellas, algo más que el interés, de carácter general, de que no celebren alianzas embarazosas con las naciones de otras Continentes. La caída del gobierno de los Tinoco en Costa Rica, que habían escalado el poder por medio de la violencia en enero de 1917, debióse, en gran parte, a la negativa de la Cancillería de Washington a reconocerlo, dado que este hecho, al par que creaba una situación difícil a aquel gobierno en el exterior, le infundía alientos a sus adversarios. La misma actitud, adoptada con respecto a Guatemala a mediados del año 1919, produjo, aunque en un orden inverso, el propio resultado: la nota enviada al Presidente Estrada Cabrera insinuándole la conveniencia de que no pensara en reelegirse es indudable que contribuyó a su caída de manera decisiva.

El gobierno del Presidente Wilson se ha inmiscuido también, en más de una ocasión, en los asuntos de la República Mexicana. Su actitud, negándose a reconocer a Huerta, que bien o mal, tuerto o derecho, como dijo Root, era el presidente de facto y poniendo en ejecución cuanto arbitrio podía contribuir a su caída, no fué otra que una intervención.

No es probable, sin embargo, que los Estados Unidos lleguen a ejercer su control sobre esa República. Su población, su enorme área y los antagonismos que determinados sucesos de otras épocas han creado, hacen que su caso no sea el de las islas del mar Caribe y el de la América Central. Por algo se ha dicho que el imperialismo se verifica por la línea de menor resistencia...

RAÚL DE CÁRDENAS

(Cuba Contemporánea. Habana).

BUSQUE

el *Florilegio* escogidas de Manuel Magallanes Moure, edición del CONVIVIO.
Selección del Autor, prólogo de Pedro Prado. Dos retratos del Autor. 132 páginas de lectura.

"LA PATA DE LA RAPOSA"

Por MIGUEL DE UNAMUNO

«La pata de la raposa»: así se llama esta nueva e intensa novela de Ramón Pérez de Ayala, que acaba de publicar la Biblioteca Renacimiento. Quiere ser continuación de aquella otra del mismo autor, titulada «A. M. D. G.» («La vida en los colegios de jesuitas»), que tuvo un justo éxito literario, pero otro mucho mayor, y no sé si tan justo o menos o más, de escándalo.

¿Por qué se titula como se titula esta nueva y tan intensa novela de Pérez de Ayala? Tras del título trae, a modo de lema, este techo de Musset que traduzco:

«En el caso de que nadie las tome en cuenta, habré sacado este fruto de mis palabras y es de haberme curado mejor y como la raposa cogida—en el cepo habré roído mi pata cautiva».

Y en el capítulo XIII Tita Anastasia al ver a Fina y Alberto platicando en estrecha concordia, después de haber ella perdonado las ingratitudes y desdenes de su novio, se acerca a la pareja y dice:

«Cuando la raposa cae en el cepo, dicen que se roe la pata hasta que la troncha, y huye con las tres sanas».

Y luego

«por la noche, a solas en su estancia, Alberto rumiaba la frase de Tita Anastasia. La idea de la muerte es el cepo; el espíritu, la raposa, o sea virtud astuta con que burlar las celadas de la fatalidad. Cogidos en el cepo, hombres débiles y pueblos débiles yacen por tierra; imaginando cobardemente que una mano bondadosa y providente los ha puesto allí por retenerlos y conducirlos a nueva y más venturosa existencia. Los espíritus recios y los pueblos fuertes reciben en el peligro clarovidente estupor, desentrañan de pronto la desmesurada belleza de la vida y renunciando para siempre a la agilidad y locura primeras, salen del cepo con los músculos tensos para la acción, y con las fuerzas motrices del alma centuplicadas en ímpetu, potencia y eficacia».

Tal es por lo menos la moraleja que el autor mismo, Pérez de Ayala, saca al cuento de su novela. Tal vez un lector desprevenido le saque otra que se ajuste tan bien o mejor a su título, y ésta es una entre tantas excelencias como atesora este libro.

Eso de la idea de la muerte parece perseguirle a Pérez de Ayala, que es un buen español educado por jesuitas. En el capítulo VI hay dos páginas muy hondas. Y en una de ellas dice:

«Los filósofos griegos llamaban a la muerte causa fundamental de toda filosofía. Nuestra vida, en el momento de nacer, es como una caja vacía, cuyas paredes son de diamante negro. Las paredes son la muerte. Nuestra vida está limitada de muerte por todas partes. ¿Con qué hemos de llenar la caja? He aquí el verdadero problema moral». Y luego siguen cinco deliciosas poesías.

Pero tanto o más que la idea de la muerte le persigue a Alberto, el protagonista de esta novela, el educando de los jesuitas, la idea del propio ridículo. ¡Un buen español! Este es un don Quijote íntimo y redivivo, un don Quijote consciente de su propia comicidad y que el sentirse cómico le incapacita para la acción.

Hay en la novela tres otras páginas admirables en que Alberto discurre como aquellos dos hombres, que el uno ante Alejandro Magno arrojaba a distancia guisantes sobre una aguja y los espetaba todas las veces sin errar golpe, y el otro ante el emperador Carlos V metía garbanzos desde lejos por un cántaro de boca angosta, eran superiores a los dos emperadores que mandaron darle al uno una mata de guisantes y al otro dos hanegas de garbanzos.

«Me parece,—dice Alberto,—que tanto Alejandro como Carlos pecaron de estolidez supina. A la larga (una larga que siempre era muy corta) la propia importancia tiene conquistar el mundo antiguo, como hizo Alejandro, o imponer el papismo al antiguo y al nuevo como pretendió Carlos, que clavar guisantes en una aguja o meter garbanzos en un cántaro. Con una diferencia en disfavor de entrambos soberanos, y es que sus empresas fueron ridículas; porque el ridículo no es otra cosa que un desacuerdo entre el esfuerzo y el resultado, entre lo que se piensa que se va a hacer o se cree que se está haciendo y lo que realmente se hace. Alejandro y Carlos, persiguiendo una finalidad trascendente dentro de un mundo perecedero, se ponían en un ridículo cósmico. El de los guisantes y el de los garbanzos, no; no perseguían finalidad alguna, sino que cultivaban la destreza por la destreza, desdeñando usarla en altos empleos. Alejandro y Carlos creyeron triunfar de la muerte pasando a la historia. ¡Menguada historia la que tiene por fuerza limitado y fatal cómputo de páginas! Pero el de los guisantes y el de los garbanzos sí que triunfaron de la muerte porque triunfaron en la vida misma, comprendiendo muy cuerdamente que no morir es ignorar el mañana, es exaltar todas las facultades y ponerlas en el presente eterno de un esparcimiento arbitrario y sin propósito final. Dentro de un universo infinito compuesto de seres y cosas finitas, la única forma de inteligencia activa es el obrar conscientemente sin finalidad».

¿No veis en este pasaje tan preciso la íntima relación que media entre la preocupación de la muerte, el «morir habemos», y el sentimiento del ridículo cósmico? ¿Pero él, Alberto, el protagonista de esta novela y de aquella otra en que nos contó Pérez de Ayala la vida en los colegios de jesuitas, se contenta con esa solución estética? No, no se contenta con ella; es demasiado buen español para contentarse con eso. Y eso que en España tenemos las dos soluciones: la estética, cuya fórmula es «la cuestión es pasar el rato» o bien «se vive!» y es la de aquellos que hacen tiempo para matarlo, y la otra, la religiosa.

Aquel terrible danés de que tantas veces os he hablado, y de que tantas otras aun os tendré que hablar, Kierkegaard, decía que hay la ilusión de antes del conocimiento y es la poesía, y la ilusión de después del conocimiento y es la religión.

Es fácil que algún lector de ese país nuevo, de gentes nuevas, donde según Salaverría apenas se ve viejos por las calles, al leer lo de los espíritus recios y los pueblos fuertes que no se dejan coger en el cepo de la idea de la muerte y desentrañar la desmesurada belleza de la vida, se haya sentido halagado y acaso sobre-hombre, especialmente si es que ha leído, como puede muy bien ser, a Nietzsche. Pero que no se forje demasiadas ilusiones. Hay pueblos, así como hombres, que han dejado de pensar en la muerte, y hay otros, individuos como pueblos, que no han pensado aún en ella. Pero llegarán a eso. Hay quienes no han salido del período estético y otros que llegaron al religioso. Lo terrible, lo trágico, es el de los que salieron del uno sin haber llegado al otro, perdieron la ilusión

de ante del conocimiento, y no han cobrado aún los de después de él. Y para los que no han salido del período estético, los que fluctuamos entre uno y otro, los hijos de pueblos tormentosos, aparecemos como misántropos. Por misántropo me tienen ahí muchos.

Y bien, ¿qué relación tiene todo esto con la educación jesuítica? Pérez de Ayala en una advertencia final a este libro nos hace saber que está estrechamente relacionado con aquel otro de «A. M. D. G.» y el protagonista es él mismo. Es Alberto, perseguido por la idea de la muerte, de la inutilidad final de todo esfuerzo y del propio ridículo.

En una conversación con Fina, su novia—este delicadísimo retrato de mujer provinciana, todo poesía y emoción honda—le habla del dragón, del ridículo, y del peor ridículo que es el ridículo para con uno mismo.

«El ridículo es,—dice Alberto a su novia,—la desproporción entre el propósito y el acto». Y añade: «Pero como los propósitos son la porción secreta de cada cual y los demás sólo los conjeturan o presumen, para los espíritus delicados el verdadero y temible ridículo es para consigo mismo. Consecuencia...» Y Fina le responde: «Que se tumba uno a la bartola y no hace nada, porque como las cosas nunca resultan a la medida del deseo, resulta que siempre se pone uno en ridículo para consigo mismo». Y siguen hablando los novios y al decirle ella que le asombra le costase tanto tiempo y tanto trabajo matar a aquel bichito—el dragón—replica él: «Cuando se ha estado seis años entre jesuitas, esa es la hazaña más grande de la vida». Y entonces Fina: «Los quieres tanto, que los enviarías a todos de una vez al cielo por la línea directa del martirio». Y Alberto contesta: «No los quiero mal ni bien, Fina, aun cuando me han hecho mucho daño. Seis años, Fina, día por día, ligándome el alma y apretando fuerte con la soga del temor al ridículo, embotándola con la idea de la inutilidad del esfuerzo. Cuando se cree, después de estos seis años se hace uno fraile o se entrega uno a ellos como un cadáver. Pero cuando no se cree...»

Si un jesuita inteligente—los hay muchísimos menos que se cree—lee este libro de su antiguo educando al llegar a este pasaje y a los puntos suspensivos con que concluye, se sonreirá mefistofélicamente y llenará los dichos suspensivos diciendo: Cuando no se cree no se puede ya vivir en paz consigo mismo sino torturado por el sentimiento del propio ridículo. Y este es—seguirá diciéndose—el triunfo de nuestro sistema, que incapacita para la vida y para la dicha a los que dejan de creer. A lo que Alberto podría contestarle que el sistema sería más perfecto aun si consiguiese que no perdieran la fe los que han pasado por él. Mas no cabe duda de que estando como están las cosas Alberto proclama ahí, tal vez sin saberlo ni quererlo, la eficacia de la educación jesuítica para el fin que ella se propone.

No he sido nunca ni educando ni discípulo de jesuitas ni de otra clase cualquiera de individuos pertenecientes a órdenes religiosas, no he pasado por sus colegios; mi educación toda, desde pequeñito, y aun habiendo nacido y habiéndome creado en el seno de una familia estrictamente católica y piadosísima, fué una educación laica; aprendí primeras letras en una escuela civil y segunda enseñanza y superior en los establecimientos públicos del estado.

No puedo, pues, saber, como Pérez de Ayala sabe por experiencia propia, lo que sea la educación jesuítica; pero lo sé por lo que he visto en no pocos amigos y compañeros míos de la infancia que con ellos se han educado y lo sé porque tengo ocasión de apreciar cada año sus frutos. Y sé que, en efecto, en espíritus delicados como el de Alberto produce lo que éste tan melancólicamente nos denuncia.

Discípulo de los jesuitas fué en Nápoles Torcuato Tasso, ¿y no se explicará en gran parte por esto aquella su incurable melancolía que le llevó a los linderos de la locura? Pero también Voltaire fué discípulo de los jesuitas y guardó siempre consideración hacia ellos. Mas es que Voltaire aprendió a reirse de los demás y acaso el Tasso sentía el propio ridículo cósmico. El reirse de los demás es acaso la mejor medicina para no dar uno en reirse de sí mismo. Y si es una muerte trágica la de aquel cómico Morgante, de Pulci, que muere reventando de risa y de quien el ángel Gabriel asegura que se reirá por toda la eternidad, «riderá in eterno» — ¡terrible suplicio!—¿no es lo más terrible de lo trágico el morir reventando de risa de sí mismo?

Mas no creáis que a esto se reduce la novela de Pérez de Ayala, ¡no! Hay en ella más, mucho más en torno a este núcleo, hay escenas de un realismo crudísimo, hay un matrimonio de un escocés y una griega que es algo pavoroso. Y Pérez de Ayala que ha vivido en Londres y en Italia pone en estos dos países parte de las escenas de su novela.

Y eso de la pata de la raposa puede entenderse de otro modo en que acaso no ha pensado el autor de la novela. La raposa es Alberto, el cepo es el amor de Fina, esta angelical criatura, y él se escapa del cepo, abandona a su novia que muere del pesar, y va a campar libre, pero sin una pata, llevándola tal vez gangrenada.

Más que la idea de la muerte, más que el sentimiento del propio ridículo, le persigue a Alberto su propia sensualidad. ¿Es esto también fruto de la educación jesuítica? Tal vez, porque tengo observado que los jesuitas no saben defender de la sensualidad a sus educandos. Quieren, sin duda, mantenerles indemnes de ella, ignorantes de ciertas cosas cuya ignorancia prolongada es un mal, pero como su arte todo, toda su liturgia, todas sus maneras son sensuales... Es una educación sin virilidad alguna.

Mas dejando ahora esto para otro artículo, voy a daros aquí una composición que se me ocurrió después de haber leído «La pata de la raposa». La composición es en verso y rimada, pero por razones que expondré en el prólogo de mi próximo y tercer volumen de poesías, he venido a resolverme a publicar los versos en la forma tipográfica de la prosa. Así se salvan no pocos inconvenientes y se impide el que cualquier lector le aplique el sonsonete de acordeón o de organillo, ese sonsonete de tamtam congolés que hasta como música — o más bien precisamente como música—es insoportable.

Ahí va:

¡Ay zorro, zorro, pobre zorro, que no puedes llevar derecho tu camino; a tierra el morro, cuidando siempre el tino de la escapada! Ay pobre zorro, siempre de recelo y siempre

REPERTORIO AMERICANO

Revista de la prensa castellana y extranjera.
De Filosofía y Letras, Artes, Ciencias y Educación, Misceláneas y Documentos.

Publicado decenalmente por

J. GARCIA MONGE

Apartado 533

SAN JOSÉ, COSTA RICA, C. A.

ECONOMIA DE LA REVISTA

El número suelto	¢ 0-50
La serie mensual, 3 números, pagada por anticipado y solicitada a la Administración	1-25
Para el extranjero, el número suelto	$ 0-15 oro am.
La serie anual (36 entregas)	4-50 » »
La página de avisos, por inserción	20-00 » »

En el contrato semestral de avisos se da un 5% de descuento. En el anual, un 10%.

alerta; prendida tu mirada por siempre al suelo, y sin poder alzarla hasta la abierta cúpula del cielo! Siempre a la defensiva por conservar incólume su fama de targo: con el oído avizor hasta en la cama! Es bien amargo vivir así si es que viviendo así se viva.

Cuanto mejor hacer el primo y en el corral vivir de prisionero, de la vida doméstica al arrimo, que no dejar la pata en cualquier cepo artero! Pues lo que a ti, mi zorro, más te mata, es esa nombradía de tristeza. Y toda vanidad es tontería.

Eres un tonto, zorro, eres un tonto; y si no cambias pronto, ya verás la vejez lo que te guarda! Tú me dirás: «en tanto!...—Don Juan «si tan larga me lo fiais!...»—Mas ya verás si tarda. Es mucho más zorruno hacerse santo.

Métete en el corral y panza arriba, papa las musarañas en el cielo, corral que siempre dura, y esquiva barruntar pasos dentro las entrañas de la tierra obscura que en armar cepos usas de artimañas. Por muy listo que seas, a la tierra no has de burlar; ríndete, pues, que sólo no la yerra quien se deja cazar.

Y volviendo ahora a la prosa—algún organillero dirá que eso otro también lo es—nos queda lo de la educación jesuítica que bien vale la pena de dedicarle algunas reflexiones. A esa educación debemos las dos novelas de Pérez de Ayala, de que os he hablado. Y aunque sólo ese fuese no sería poco, ya que hay quienes absuelven a los jesuitas de todos sus demás pecados en gracia al pecado de haber sido los educadores de Voltaire. Veamos ésto.

(*La Nación*. Buenos Aires).

Una ciudad que entrega a sus niños el Museo de Arte

Chicago.—La ciudad de Toledo, Ohio, muy adelantada en experiencias cívicas, ha puesto el Museo de Arte Municipal en manos de sus más asiduos visitantes, los niños de las escuelas, dice un escritor en el *Fashion-Art*.

Sugirió la idea el éxito del Club del Pájaro y del Arbol organizado por las autoridades del Museo para criar amor de la naturaleza en los niños. Mediante la cooperación de los 20,000 niños de las escuelas que pertenecen al Club, Toledo ha sido la primera ciudad norteamericana en establecer sus parques públicos y sus asilos de pájaros, y tiene ahora miles de casitas de pájaros construidas por los niños, y 1,200 estaciones alimenticias que los niños mantienen para los pájaros en los meses rigurosos de invierno.

La buena voluntad con que los niños de Toledo han respondido en lo que concierne a los pájaros, hizo pensar a las autoridades del Museo que también se interesarían por el Museo de Arte Municipal, y se lo dieron como su Casa del Tesoro. Los niños se han constituido en sus especiales vigilantes y ya no se pagan guardas. Un grupo de niños se turna para cuidar cuanto se necesite de 9 a 12. Otro grupo de niños y niñas se han convertido en guías voluntarios, y los sábados y domingos cumplen su deber en las diversas galerías respondiendo a las preguntas e informando respecto de lo que se exhibe.

En estos días los niños vuelan al Museo en centenares. Llegan el sábado por la mañana, visitan las galerías, y a medio día toman su lonche en el *basement* del edificio.

A las tres de la tarde de los sábados hay una hora de relatos seguida de cine. Las horas de relatos se han hecho famosas y el Museo apenas si puede contener los niños que asisten.

En esta temporada los relatos se han referido al arte italiano desde las primitivas adaptaciones y modificaciones del arte griego hasta los días del Ticiano y del Veronés.

Después del relato, el cine. La norma del Museo es no divertir con películas comerciales sino educar al niño en el arte. El cine se correlaciona, en gran parte, con los asuntos de los relatos y en este año la mayoría de las películas se consagró al arte, la historia y viajes por Italia. Otras películas se endilgan hacia el comercio, la industria y los recursos naturales. Todas se proponen ampliar la educación y la visión de los niños. Las películas también se relacionan con las actividades y colecciones del Museo.

La hora de relatos y el cine se repiten el domingo en la tarde y es frecuente ver a mil y más niños que aguardan la entrada en líneas ordenadas y tranquilas.

Cada sábado de por medio, en la tarde, a la hora de relatos precede una de música para los niños y una vez más Toledo supera en esto a las otras ciudades de la Unión.

En el conjunto de la obra musical los niños aprenden los rudimentos teóricos. Se adiestra el oído en el reconocimiento de los tonos y aprenden a entender los temas musicales y composiciones. Desarrollan el sentido del ritmo y de la interpretación.

Hacía falta un centro coral y este año se fundó. Casi al instante cien niños quisieron asociarse. Han dado varios conciertos y como algunos niños estudian la instrumental, su programa será cada vez más interesante. En la actualidad cantan viejos aires franceses e italianos y canciones de tipo diverso.

Niños inválidos regularmente van de la escuela a pasar días enteros en el museo y los sordos van a aprender la belleza del color y de las líneas, de las labores y tejidos. Cuando los cieguitos van, se llevan todas las estatuas pequeñas a la biblioteca para que pasen por ellas sus dedos sensibles.

El hecho de que el año pasado visitaran el Museo de Arte 47,000 niños, es una muestra de que esta aventura cívica es menos ilusoria de lo que parecía cuando se indicó.—E. P.

(*The Foreign Press Service*.—N. Y.)

Lea el REPERTORIO y recomiéndelo a sus amigos.

LA LIBRERIA ESPAÑOLA DE MARIA v. DE LINES

APARTADO DE CORREOS Nº 314 | San José y Cartago | TELÉFONO 38 - TELÉGRAFO «LINES»

El mejor surtido de cajas de papel y sobres que haya llegado a Costa Rica se ofrece a nuestra numerosa clientela.

Máquinas de escribir FOX VISIBLE y CORONA. - Papeles y útiles para máquinas.

DE LA VIDA LITERARIA

Una digresión de Alomar y unos versos de Darío

POR E. DÍEZ-CANEDO

Mi amigo Gabriel Alomar, cuyo elogio no es menester que aquí se haga, en una de sus recientes crónicas de «El Imparcial» ha tocado un punto de literatura que más de una vez nos propusimos anotar. Se refiere a la famosa *Epístola* a la señora de Lugones que aparece en *El Canto Errante*. Dice Alomar, refiriéndose a Raimundo Lulio, con motivo de una novela reciente:

«La personalidad real de Lulio es mucho más fuerte y poética que su leyenda, producto de una aparatosa desvirtuación romántica. Y los versos en que Rubén Darío, en su epístola a la señora de Lugones, evoca al gran Raimundo, valen más que toda la precedente poetización de aquella figura tan rica en virtualidad sugestiva. Y aprovecho la ocasión para decir que esos versos, tal como aparecen en *El Canto Errante*, han sufrido una merma inexplicable. Cuando el gran poeta me los leyó en una noche inolvidable, y tal como fueron publicados, según creo, en «Los Lunes de El Imparcial», tenían en el fragmento luliano una extensión mayor. Los versos que faltan en la edición corriente no merecen esa omisión; y si no resultase aquí desplazado el recuerdo, me atrevería a reconstruirlos de memoria; con tal fijeza se me grabó para siempre la prodigiosa intención con que Darío *sintió* al gran filósofo medioeval sin haberlo jamás leído. Perdonadme, lectores, la digresión».

La *Epístola* se publicó, en efecto, en «Los Lunes». Quizá recuerde Luis Bello la noche en que la recibió, y de seguro no ha olvidado el gusto con que la leía a unos pocos amigos antes de mandarla a las cajas. Aquella *Epístola* fué piedra de escándalo en los menudos corrillos madrileños. El verso que dice:

Los delegados panamericanos que,

se citaba entre risas como prueba de la torpeza de Rubén Darío para versificar. No fueron muchos los que entonces vieron la magistral ironía de la forma, la constante vena del riquísimo caudal de poesía que iba fluyendo de parte a parte en aquellos versos de Rubén.

Fechada en Anvers-Buenos Aires-París-Palma de Mallorca, MCMVI, cuando salió a luz en el diario madrileño, pasó en 1907 al libro que la ha divulgado. De entonces data la supresión de los versos cuya falta advierte Alomar. Tengo la primera versión, cuidadosamente recortada, y quizás no hubiese traído aquí ese tema sin la sugestión de mi amigo.

Sólo, a veces, en un adjetivo, o en un giro insignificante, se corrige la versión originaria; pero más de una vez se suprimen pasajes que vamos a recoger, comparando las dos versiones.

En la tercera parte de la *Epístola*, según la división del libro, que no existe en la primera versión impresa, cuyo texto, en cambio, aparece mucho más dividido por espacios, después del verso

Mantienen, lo confieso, mis entusiasmos
[mudos,

entran dos, suprimidos luego:

Si el sportman es Petronio con él mis gus-
[tos son;
porque si no, prefiero a Verlaine o a Villón.

En la parte cuarta, a continuación del verso

Con un monte detrás y con la mar delante,

venían otros seis:

Veo el vuelo gracioso de las velas de lona,
y los barcos que vienen de Argel y Barcelona.
Tengo arbolitos verdes llenos de mandarinas.
Tengo varios conejos y unas cuantas gallinas
y, conforme al poeta, tengo un Cristo y un
[Mauser.
Así vive este hermano triste de Gaspard
[Hauser.

¿Fué la irónica alusión al Santo Cristo y la pistola de Amado Nervo, o el desvío de alguna misa trivial lo que ocasionó la poda de estos seis versos? Es curiosa la corrección que en la parte quinta pone un Antonio en conversación con los peces, en lugar del Francisco, que erróneamente ocurría en «El Imparcial»: confusión semejante a la que hizo hablar de Epifanía, en lugar de Pentecostés, en la *Salutación del optimista*. A seguida del último verso de esta parte,

¡Que por ser tan antiguas se sienten tan
[hermosas!

otra supresión:

Excúsame, si quieres, oh Juana de Lugones,
estas filosofías llenas de digresiones.
Más que pasión por Ramón Llull es pasión
[vieja,
perfumada de siglos de verso y de conseja.
Núñez de Arce hizo un bello poema. Núñez
[de Arce,
blancos pétalos sueltos del azahar esparce;
mas Ramón Llull es limonero de Hesperia
injerto en el gran roble del corazón de Iberia,
que necesita el Hércules fuerte que le sacuda
para sembrar de estrellas nuestra tierra des-
[nuda.

Nada más. Desde: «Hice una pausa», hasta el fin sólo alguna palabra varía, y el libro corrige algún defecto de impresión, evidente, por otra parte, del periódico.

Las futuras ediciones de Rubén Darío deben recoger estos versos, aunque sea en nota. Rubén Darío no ha tenido la fortuna póstuma de Amado Nervo, en lo que se refiere a la edición de sus obras completas. La que corre con ese título es deficiente, por más de una razón; deseamos que se venda pronto y que el editor, al emprender una nueva, no se limite a reproducir la de ahora.

Entonces será ocasión también de corregir una repetición absurda con que anda impresa por todas partes la primera estrofa de *La bailarina de los pies desnudos:* es la repetición en rima de la palabra «felino». En opinión nuestra, lo que Rubén Darío escribió, o, aunque no llegara a escribirlo materialmente, pensó escribir, fué esto:

Iba en un paso rítmico y felino
a avances dulces, ágiles o rudos,
con algo de animal y de *divino*
la bailarina de los pies desnudos.

La corrección que sugerimos nos parece impuesta, más aun que por la asonancia de la composición, por el sentido de toda ella. Pero nunca la hemos visto así. Quisiéramos que alguien, por habérsela oído decir al poeta o por haberla visto impresa originalmente o en manuscrito auténtico, confirmara o invalidara nuestra hipótesis.

(*España*. Madrid).

Los clásicos que le hacen falta:

J. Cadalso: *Cartas marruecas*, 1 volumen pasta.......... ¢ 2.00
Poema de Mío Cid. 1 volumen pasta... 2.00
Juan de Valdés: *Diálogo de la lengua*, 1 volumen pasta.......... 2.00
Curial y Güelfa. 2 vols. rústica.......... 3.00
Arcipreste de Hita: *Libro de Buen Amor*. 1 vol. pasta.......... 2.00
F. de Rojas: *Calisto y Melibea* (La Celestina) 1 volumen pasta.......... 2.00
Montesquieu: *Cartas persas*, 1 volumen pasta.......... 2.00
Baltasar Castiglioni: *El Cortesano*, 1 volumen pasta.......... 2.00
Garcilaso y Boscán: *Poesías*. 1 volum. pasta.......... 2.00

En la Administración del REPERTORIO

Sobre unos versos de Rubén Darío

El señor Enrique Díez-Canedo haciéndose eco de una crónica que escribió Gabriel Alomar en «El Imparcial» de Madrid, publica una nota, en el último número llegado de la revista «España», sobre una lamentable supresión de diez y ocho hermosos versos de Rubén Darío, que los editores vienen haciendo en el texto de la famosa *Epístola a la señora de Leopoldo Lugones.*

Tratándose de una omisión generalizada, pues la *Epístola* aparece incompleta, aun en las ediciones hechas en vida del autor, consultamos al respecto a nuestro querido maestro y amigo don Leopoldo Lugones—cuya señora posee los originales de la composición—quien nos aseguró que los versos en cuestión no fueron suprimidos por Rubén Darío, y que la ausencia de ellos en el libro se debe únicamente al descuido de los editores.

También nos demostró que la *Epístola* aparece muy mal corregida y con versos incorrectos. Así en la primera parte el verso 7, dice:

y la esmeralda de esos pájaros moscas.

En vez de:

y la esmeralda viva de esos pájaros moscas.

A fin de salvar todos los errores y dar una versión definitiva, de acuerdo con los originales, publicaremos en nuestro próximo número el texto íntegro de la *Epístola.*

En tanto trascribimos los versos suprimidos en las ediciones corrientes, pues en la nota del señor Díez-Canedo dichos versos aparecen con erratas importantes:

En la tercera parte de la *Epístola* según la división que trae el libro, después del verso 41:

mantienen, lo confieso, mis entusiasmos mudos:

deben leerse estos dos versos:

si el sportman es Petronio con él mis gustos son;
porque si no, prefiero a Verlaine o a Villón.

En la cuarta parte, después del verso final:

con un monte detrás y con la mar delante.

deben agregarse estos seis:

Veo el vuelo gracioso de las velas de lona,
y los barcos que vienen de Argel y Barcelona.
Tengo arbolitos verdes llenos de mandarinas;
tengo varios conejos y unas cuantas gallinas.
Y, conforme al poeta, tengo un Cristo y un Máuser.
Así vive este hermano triste de Gaspard Hauser.

Y a continuación del último verso de la parte quinta:

¡Que por ser tan antiguas se sienten tan hermosas!

corresponden estos otros:

Excúsame, si quieres, oh Juana de Lugones,
estas filosofías llenas de digresiones
mas mi pasión por Ramón Llull es pasión vieja,
perfumada de siglos de verso y de conseja.
Núñez de Arce hizo un bello poema. Núñez de Arce,
blancos pétalos sueltos del azahar esparce;
mas Ramón Llull es un limonero de Hesperia
injerto en el gran roble del corazón de Iberia,
que necesita el Hércules fuerte que lo sacuda
para sembrar de estrellas nuestra tierra desnuda.

Esperamos que nuestros lectores agregarán estos versos en *El Canto Errante*, libro que contiene la *Epístola;* y que los editores tendrán en cuenta el texto que daremos en nuestro próximo número para las ediciones futuras.

En cuanto a la composición intitulada *La bailarina de los pies desnudos,* a cuya primera estrofa se refiere también en su nota, el señor Díez-Canedo, señalando que aparece incorrecta en los libros: el señor Lugones que se la oyó al poeta, nos autorizó a confirmar que ésta decía así:

Iba en un paso rítmico y felino
a avances dulces, ágiles o rudos,
con algo de animal y de divino
la bailarina de los pies desnudos.

Por otra parte, el sentido de la composición y particularmente el del tercer verso, que es el que aparece incorrecto en los libros imponen la palabra *divino.*

(*Babel*, Nº 1. Buenos Aires).

Epístola a la señora de Leopoldo Lugones

Por RUBEN DARIO

I

Madame Lugones, j'ai commencé ces vers
En écoutant la voix d'un carillon d'Anvers...
Así empecé, en francés, pensando en Rodenbach,
cuando hice hacia el Brasil ¡una fuga.., de Bach!

En Río de Janeiro iba yo a proseguir
poniendo en cada verso el oro y el zafir
y la esmeralda viva de esos pájaros-moscas
que melifican entre las áureas siestas foscas
que temen los que temen el cruel vómito negro.
Ya no existe allá la fiebre amarilla. ¡Me alegro!
Et pour cause. Yo panamericanicé
con un vago temor y con muy poca fe
en la tierra de los diamantes y la dicha
tropical. Me encantó ver la vera machicha,
mas encontré también un gran núcleo cordial
de almas llenas de amor, de ensueño, de ideal.
Y si había un calor atroz, también había
todas las consecuencias y ventajas del día,
en panorama igual al de los cuadros y hasta
igual al que pudiera imaginarse... Basta.
Mi ditirambo brasileño es ditirambo
que aprobaría tu marido. *Arcades ambo.*

II

Mas al calor de ese Brasil maravilloso,
tan fecundo, tan grande, tan rico, tan hermoso,
a pesar de Tijuca y del cielo opulento,
a pesar de ese foco vivaz de pensamiento,
a pesar de Nabuco, embajador, y de
los delegados panamericanos que
hicieron lo posible por hacer cosas buenas,
saboreé lo ácido del saco de mis penas,
quiero decir que me enfermé. La neurastenia
es un don que me vino con mi obra primigenia.
¡Y he vivido tan mal, y tan bien, cómo y tanto!
¡Y tan buen comedor guardo bajo mi manto!
¡Y tan buen bebedor tengo bajo mi capa!
¡Y he gustado bocados de cardenal y papa!...
Y he exprimido la ubre cerebral tantas veces,
que estoy grave. Esto es mucho ruido y pocas nueces,
según dicen doctores de una sapiencia suma.
Mis dolencias se van en ilusión y espuma.
Me recetan que no haga nada ni piense nada,
que me retire al campo a ver la madrugada
con las alondras, y con Garcilaso, y con
el *sport.* ¡Bravo! Sí. Bien. Muy bien. ¿Y *La Nación?*
¿Y mi trabajo diario y preciso y fatal?
¿No se sabe que soy cónsul como Stendhal?
Es preciso que el médico que eso recete dé
también libro de cheques para el Crédit Lyonnais
y envíe un automóvil devorador del viento
en el cual se pasee mi egregio aburrimiento
harto de profilaxis, de ciencia y de verdad.

III

En fin, convaleciente, llegué a nuestra ciudad
de Buenos Aires, no sin haber escuchado
a míster Root a bordo del *Charleston* sagrado;
mas mi convalecencia duró poco. ¿Qué digo?

Mi emoción, mi entusiasmo y mi recuerdo amigo,
y el banquete de *La Nación*, que fué estupendo,
y mis viejas siringas con su pánico estruendo,
y ese fervor porteño, ese perpetuo arder,
y el milagro de gracia que brota en la mujer
argentina, y mis ansias de gozar de esa tierra,
me pusieron de nuevo con mis nervios en guerra.
Y me volví a París. Me volví al enemigo
terrible, centro de la neurosis, ombligo
de la locura, foco de todo *surmenage*,
donde hago buenamente mi papel de *sauvage*
encerrado en mi celda de la rue Marivaux,
confiando sólo en mí y resguardando el yo.
¡Y si lo resguardara, señora, si no fuera
lo que llaman los parisienses una *pera!*
A mi rincón me llegan a buscar las intrigas,
las pequeñas miserias, las traiciones amigas,
y las ingratitudes. Mi maldita visión
sentimental del mundo me aprieta el corazón,
y así cualquier tunante me explotará a su gusto.
Soy así. Se me puede burlar con calma. Es justo.
Por eso los astutos, los listos, dicen que
no conozco el valor del dinero. ¡Lo sé!
Que ando, nefelibata, por las nubes... Entiendo.
Que no soy hombre práctico en la vida... ¡Estupendo!
Sí, lo confieso, soy inútil. No trabajo
por arrancar a otro su pitanza; no bajo
a hacer la vida sórdida de ciertos previsores.
Yo no ahorro ni en seda, ni en champaña, ni en flores.
No combino sutiles pequeñeces, ni quiero
quitarle de la boca su pan al compañero.
Me complace en los cuellos blancos ver los diamantes.
Gusto de gentes de maneras elegantes
y de finas palabras y de nobles ideas.
Las gentes sin higiene ni urbanidad, de feas
trazas, avaros, torpes, o malignos y rudos,
mantienen, lo confieso, mis entusiasmos mudos.
Si el sportman es Petronio con él mis gustos son;
porque si no, prefiero a Verlaine o a Villón.
No conozco el valor del oro... ¿Saben esos
que tal dicen lo amargo del jugo de mis sesos,
del sudor de mi alma, de mi sangre y mi tinta,
del pensamiento en obra y de la idea en cinta?
¿He nacido yo acaso hijo de millonario?
¿He tenido yo Cirineo en mi Calvario?

IV

Tal continué en París lo empezado en Anvers.
Hoy, heme aquí en Mallorca, *la terra del foners*,
como dice Mossen Cinto, el gran Catalán.
Y desde aquí, señora, mis versos a ti van,
olorosos a sal marina y a azahares,
al suave aliento de las Islas Baleares.
Hay un mar tan azul como el Partenopeo.
Y el azul celestial, vasto como un deseo,
su techo cristalino bruñe con el sol de oro.
Aquí todo es alegre, fino, sano y sonoro.
Barcas de pescadores sobre la mar tranquila
descubro desde la terraza de mi *villa*,
que se alza entre las flores de su jardín fragante
con un monte detrás y con la mar delante.
Veo el vuelo gracioso de las velas de lona,
y los barcos que vienen de Argel y Barcelona.
Tengo arbolitos verdes llenos de mandarinas;
tengo varios conejos y unas cuantas gallinas.
Y, conforme el poeta, tengo un Cristo y un Máuser.
Así vive este hermano triste de Gaspard Hauser.

V

A veces me dirijo al mercado, que está
en la Plaza Mayor. (Qué Coppée, ¿no es verdad?)
Me rozo con un núcleo crespo de muchedumbre
que viene por la carne, la fruta y la legumbre.
Las mallorquinas usan una modesta falda,
pañuelo en la cabeza y la trenza a la espalda.
Esto las que yo he visto, al pasar, por supuesto.
Y las que no la lleven no se enojen por esto.
He visto unas payesas con sus negros corpiños,
con cuerpos de odaliscas y con ojos de niños;
y un velo que les cae por la espalda y el cuello
dejando al aire libre lo oscuro del cabello.
Sobre la falda clara un delantal vistoso.
Y saludan con un *bon di tengui* gracioso
entre los cestos llenos de patatas y coles,
pimientos de corales, tomates de arreboles,
sonrosadas cebollas, melones y sandías,
que hablan de las Arabias y las Andalucías;
calabazas y nabos para ofrecer asuntos
a madame Noailles y a Francis Jammes juntos.

A veces me detengo en la plaza de abastos,
como si respirase soplos de vientos vastos,
como si me entrase con el respiro el mundo.
Estoy ante la casa en que nació Raimundo
Lulio. Y en ese instante mi recuerdo me cuenta
las cosas que le dijo la Rosa a la Pimienta...
¡Oh, cómo yo diría el sublime destierro
y la lucha y la gloria del mallorquín de hierro!
¡Oh, cómo cantaría en un carmen sonoro
la vida, el alma, el numen, del mallorquín de oro!
De los hondos espíritus es de mis preferidos.
Sus robles filosóficos están llenos de nidos
de ruiseñor. Es otro y es hermano del Dante.
¡Cuántas veces pensara su verbo de diamante
delante la Sorbona vieja del París sabio!

¡Cuántas veces he visto su infolio y su astrolabio
en una bruma vaga de ensueño, y cuántas veces
le oí hablar a los árabes, cual Antonio a los peces,
en un imaginar de pretéritas cosas
que por ser tan antiguas se sienten tan hermosas!

Excúsame, si quieres, oh Juana de Lugones,
estas filosofías llenas de digresiones.
Mas mi pasión por Ramón Lull es pasión vieja,
perfumada de siglos de verso y de conseja.
Núñez de Arce hizo un bello poema. Núñez de Arce,
blancos pétalos sueltos del azahar esparce;
mas Ramón Lull es un limonero de Hesperia
injerto en el gran roble del corazón de Iberia,
que necesita el Hércules fuerte que lo sacuda,
para sembrar de estrellas nuestra tierra desnuda.

VI

Hice una pausa.
El tiempo se ha puesto malo. El mar
a la furia del aire no cesa de bramar.
El temporal no deja que entren los vapores. Y
un *yacht* de lujo busca refugio en Porto-Pi.
Porto-Pi es una rada cercana y pintoresca.
Vista linda; aguas bellas; luz dulce y tierra fresca.

¡Ah señora, si fuese posible a algunos el
dejar su Babilonia, su Tiro, su Babel,
para poder venir a hacer su vida entera
en esta luminosa y espléndida ribera!

Hay no lejos de aquí un archiduque austriaco
que las pomas de Ceres y las uvas de Baco
cultiva, en un retiro archiducal y egregio.
Hospeda como un monje—y el hospedaje es regio—.
Sobre las rocas se alza la mansión señorial
y la isla le brinda ambiente imperial.

Es un pariente de Jean Orth. Es un atrida
que aquí ha encontrado el cierto secreto de su vida.
Es un cuerdo. Aplaudamos al príncipe discreto
que aprovecha a la orilla del mar ese secreto.
La isla es florida y llena de encanto en todas partes.
Hay un aire propicio para todas las artes.
En Pollenza ha pintado Santiago Rusiñol
cosas de flor de luz y de seda de sol.
Y hay villa de retiro espiritual famosa:
la literata Sand escribió en Valldemosa
un libro. Ignoro si vino aquí con Musset,
y si la vampiresa sufrió o gozó, no sé. (1)

¿Por qué mi vida errante no me trajo a estas sanas
costas antes que las prematuras canas
de alma y cabeza hicieran de mí la mescolanza
formada de tristeza, de vida y esperanza?
¡Oh, qué buen mallorquín me sentiría ahora!
¡Oh, cómo gustaría sal de mar, miel de aurora,
al sentir como en un caracol en mi cráneo
el divino y eterno rumor mediterráneo!
Hay en mí un griego antiguo que aquí descansó un día
después que le dejaron loco de melodía
las sirenas rosadas que atrajeron su barca.

(1) He leído ya el libro que hizo Aurora Dupin.
Fué Chopin el amante aquí. ¡Pobre Chopín!...

Cuanto mi ser respira, cuanto mi vista abarca,
es recordado por mis íntimos sentidos;
los aromas, las luces, los ecos, los ruidos,
como en ondas atávicas me traen añoranzas
que forman mis ensueños, mis vidas y esperanzas.
Mas ¿dónde está aquel templo de mármol, y la gruta
donde mordí aquel seno dulce como una fruta?
¿Dónde los hombres ágiles que las piedras redondas
recogían para los cueros de sus hondas?...

Calma, calma. Esto es mucha poesía, señora.
Ahora hay comerciantes muy modernos. Ahora
mandan barcos prosaicos la dorada Valencia,
Marsella, Barcelona y Génova. La ciencia
comercial es hoy fuerte y lo acapara todo.
Entretanto, respiro mi salitre y mi iodo
brindados por las brisas de aqueste golfo inmenso,
y a un tiempo, como Kant y como el asno, pienso.
Es lo mejor.

VII

Y aquí mi epístola concluye.
Hay una ansia de tiempo que de mi pluma fluye
a veces, como hay veces de enorme economía.
—Si hay, he dicho, señora, alma clara, es la mía—.
Mírame transparentemente, con tu marido,
y guárdame lo que tú puedas del olvido.

(Tomada de *Babel*, Nº 2. Buenos Aires).

De una antinomia al parecer insoluble

Por AZORIN

Quién habla del *peligro yanqui*? ¿Qué es lo que se quiere significar con esta locución? No se suelen leer los tratadistas de política que han escrito durante la primera mitad del siglo XIX; no se suele leer—cuando se habla de la censura, de la democracia, de la libertad de la Prensa, etc.—a Benjamín Constant, a Vacherot, a Tocqueville... Sin embargo, algunos de esos autores han expuesto opiniones definitivas, irreprochables, sobre los problemas políticos que en la actualidad nos preocupan. No citamos, ni leemos, a esos autores; pero devoramos una porción de libros fugaces, inconsistentes, sin originalidad y sin trascendencia. La difusión de la Prensa periódica ha traído a la vida moderna esta calamidad. Se desdeña lo sólido y se presta atención a lo baladí. Muchedumbre de escritores son citados y comentados por periodistas y parlamentarios; muchedumbre de escritores, decimos, que no vivirán en la memoria de las gentes más que unos años y que no merecen por ningún sentido tributo de admiración. Por ejemplo, Le Bon, tan traído y llevado por los políticos; Sorel, Le Dantec, etc., ¿cómo podrán ser tomados en cuenta por un espíritu perspicaz? Lo extraño es que entendimientos sutiles, ponderados, den categoría de verdaderos valores a publicistas de esta laya —modas de un momento—, tanto franceses como de Alemania o Inglaterra.

Hablemos del peligro yanqui. Tocqueville es autor, en otros libros, del titulado *De la democracia en América*. Lo componen cuatro volúmenes (editados en París por Gosselin); los dos primeros fueron publicados en 1835; los dos últimos, en 1840. El tercer volumen de la obra es el que más puede interesar a un literato. Se trata en él del problema intelectual. Del problema intelectual en su relación con la democracia. Uno de los capítulos, muy breve, el XIV, se titula «De la industria literaria». Nos interesa, ante todo, dar en pocas líneas el concepto que tiene Tocqueville de la «modalidad» norteamericana. En el primer capítulo de este tercer volumen, página 2, capítulo intitulado «Del método filosófico de los americanos», Tocqueville escribe las siguientes palabras: «Escapar al espíritu de sistema, al yugo de los hábitos, a las máximas de familia, a las opiniones de clase y, hasta cierto punto, a los prejuicios de nación; no tomar la tradición sino como un dato informativo y los hechos presentes sino como un estudio útil para hacer otra cosa y mejor; buscar por sí solo y en sí mismo la razón de las cosas; *tender al resultado sin dejarse aprisionar por los medios*, y apuntar al fondo a través de la forma: tales son los principales rasgos de lo que yo llamaría el método filosófico de los americanos». Hasta aquí son palabras de Tocqueville. Es decir, que de lo copiado (en donde las palabras subrayadas están subrayadas por nosotros); de lo copiado, decimos, podemos deducir lo siguiente: ausencia de tradición, realidad inmediata que sirva de apoyo para pasar a otro estado ulterior. La filosofía pragmatista no es otra cosa que este apoyo *provisional* en una creencia, en un sentimiento, verdadero o falso, para lograr un objetivo; verdadero o falso, pero desde luego *útil*, puesto que con él se logra el propósito. Y si se logra el propósito—dicen los pragmatistas—, es verdadero.

Ausencia de tradición y—permitid el neologismo—*provisionalidad*. Las dos cualidades se complementan; la segunda es resultado lógico de la primera. Sin tradición, en el arte, por ejemplo, no puede producirse lo «acabado», lo fino, lo perfecto. Tradición es conjunto, resultado de múltiples y largas experiencias. Sin tradición literaria es imposible que podáis gustar de una tragedia de Racine. El espíritu no tiende a la depuración. Se va impetuosamente a lo inmediato, a la primera realidad. Los ensueños, las delicadezas, las entelequias y neblinas inútiles (poesía lírica, novela psicológica) no dicen nada a los ánimos conmovidos por el tráfago vertiginoso de una vida mecánica. Se necesita la emoción truculenta y enorme. El mejor metro para medir una obra, es su despacho en librería. «En tiempos de democracia—dice Tocqueville en el citado capítulo XIV—, el público se conduce frecuentemente con los autores como los Reyes con sus cortesanos: los enriquece y los desprecia».

Y nos hallamos en el centro del problema. La marea creciente de la democracia—imperio de las multitudes—¿llegará a invadir la individualidad creadora, la originalidad literaria? Si examinamos la marcha del espíritu humano durante la era cristiana veremos que al llegar al siglo XVIII, al llegar al final de ese siglo, la personalidad

VISITE USTED
La Carpintería, Ebanistería,
Fábrica de marcos y repisas
DE ENRIQUE GOMEZ C.
100 varas al Sur del "Templo de la Música"
SAN JOSE DE COSTA RICA

humana surge violentamente y se emancipa; el yo se destaca del agregado social. El romanticismo, en política y en literatura—lo decíamos hace poco—, representa esa emancipación de la individualidad. Pero al acabar el siglo XIX se inicia ya un movimiento en sentido contrario. El incremento de la democracia y del socialismo hacen retornar la personalidad humana al plasma colectivo. Poco a poco va acentuándose la reintegración. Se crea un nuevo dogmatismo. Se sacrifica la iniciativa individual (libertad) en bien de la colectividad. Sin una autoridad, sin una disciplina, imposible que una idea venza. Y se va decididamente al triunfo de una idea (la socialista) por medio de una disciplina inflexible y de una autoridad inexorable. Y de aquí los plañidos y los lamentos de los artistas, de los poetas, que suponen muerto definitivamente todo impulso de espontaneidad y de originalidad...

No seamos tan pesimistas. Volviendo los ojos a la Historia vemos que, en análogos trances de las sociedades humanas, la originalidad creadora ha persistido. Y en todo caso, esta modalidad coercitiva no sería más que un tránsito; la libertad—otra libertad—volvería con su empuje de siempre. Lo importante es que la experiencia subsista. El socialismo no puede desdeñar la tradición. El socialismo no puede preferir la *cantidad* a la *calidad*. Contra el imperio de lo *provisional* —recordad la página de Tocqueville—debe tener tanto interés en luchar un tradicionalista como un partidario del más extremado futurismo. El ideal será el que lo fino, lo delicado el producto más subido de la civilización humana en arte, en literatura, en higiene, en la vivienda, sea para todos.

(A. B. C. Madrid).

IDEAS PARA UN PROLOGO

(Urgente)

POR JUAN RAMON JIMENEZ

1. *El impresionismo.*—Un arte en plenitud, define su época. Si el arte no define una época carece de valor fundamental; no será nunca «clásico», porque no fué actual nunca. Será un arte de jamás. Y el arte que cumple su fin ideal y espiritual, es bueno, siempre, dos veces: en su momento y en nuestra relativa eternidad.

El impresionismo ha sido, en pintura, como el simbolismo en poesía y en música, definidor de la vida moderna universal; es decir, que la vida moderna universal «necesitó» definirse estéticamente y creó su arte «necesario»; quedó definida, en belleza, por el arte. El impresionismo, pues, marca definitivamente, en la historia de la pintura, una era artística vital. Después de él, no es posible volver atrás, porque el arte necesario es como la ciencia, y en él hay que partir después de cada conquista nueva. Lo anterior, como en la ciencia también, es ya sólo curiosidad más o menos bella, deleitable, admirable, pero que no sigue añadiendo; cosa, en lo técnico, para filólogos.

En todo el mundo de civilización occidental, alerta, la pintura moderna con valor actual, clásico, es consecuencia necesaria, como fué necesario él, del impresionismo.

2. *La pintura «moderna» española.*—En España, hasta estos años más recientes, el impresionismo no había producido evolución alguna. Nuestra pintura—y nuestra escultura—se habían deshermanado, rezagándose, de nuestra literatura y nuestra música, en las que, aunque el ejemplo es contadísimo, nos habíamos puesto al nivel de mejores países. Sólo algún modesto caso perdido—Regoyos asensual, Iturrino fácil, Mir disecado y exterior—y sin ascendiente. En cambio, en aquéllas, había sido externo nada más, una semirrenovación, que no partía ni de sensibilidad en duermevela ni de refrescada cultura espiritual e ideal; un seudoimpresionismo, una incomprensión del impresionismo en suma.

Desde el impresionismo se han pintado en España, sin duda, cosas excelentes y hasta cosas magistrales, si se quiere; pero que no responden, digo, a proceso evolutivo, creador; que nada han añadido—y han restado por lo tanto—en afinamiento, en adelicadezamiento sensual, a nuestra pintura fea, «antipática», plebeya, oscura, aunque parezca clara, a veces; que nada han excitado hacia la unidad de los sentidos—hallazgo del impresionismo—, hacia el arte completo.

Nuestros pintores, hoy todavía, exceptuando un pequeño grupo, catalanes en su mayor parte—Sunyer, el gran sensitivo, sobre todos; Nogués, el rítmico, el dinámico delicioso; no es preciso nombrar al expatriado andaluz Picasso—, son repetidores, trasuntistas, caricaturistas alíricos de los «clásicos normales»; y su triste obra es labor sin invención ni trascendencia, expresión de huecos, de vacíos; ni el ayer, porque ya no existe hoy en el tiempo, ni el hoy.

3. *Delicadeza.* —Entre nosotros, esta mal llamada—¡de antiguo, ay!—fuerza, herencia, en arte y en literatura, del cerril realismo centro nacional, deja granar pocas veces la fuerza verdadera, la delicadeza, espiga suma de una cultura.

Es constante: después de cada conato de renovación hacia lo escogido, lo exquisito, lo esencial—estamos viéndolo estos años—, acaba siempre la mayoría de la minoría por desertar hacia el dicho odioso realismo irracional, de lonja y estanco, vileza del que llaman grande arte español; gallinero de vuelo corto, alón por ala; y el espantapájaros—¡y el tiro negro, si es preciso!—en medio de la viña verde.

Y cada vez, se queda solo, como un monje, en su único pie cuadrado, el «universal», el «verdadero» de cada país, el «delicado»; unos poquitos, ¡qué poquitos!, en un siglo; el aire agudo y puro, contra la doble suela de la patria segunda, la trabada, la presa».

(Catálago de la Exposición Vázquez Díaz. Envío de P. Henríquez Ureña).

(El Sol, Madrid).

LOS LIBROS ESENCIALES

Guía para la formación de una Bibliotica selecta

(Véase del número 21).

117 Aristófanes.
118 Píndaro.
119 Teócrito.
120 *Dafnes y Cloe.*
121 *Teatro* de Plauto.
122 *Teatro* de Terencio.
123 *Lucano* selecto.
124 Legrand D'Aussey: *Fabliaux du moyen age.*
125 Tasso.
126 Petrarca selecto.
127 Metastasio: *Teatro* escogido.
128 Alfieri: *Teatro* escogido.
129 Cervantes: *Novelas ejemplares.*
130 Teatro español (escogido).
131 *El Romancero.*
132 Voltaire: *Teatro* escogido.
133 La Fontaine: *Fábulas.*
134 Florián: *Fábulas* escogidas.
135 Lamotte *Fábulas* escogidas.
136 Lesage: *Gil Blas.*
137 *La Princesse de Cleves.*
138 *Pablo y Virginia.*
139 *El último Abencerraje* de Chateaubriand.
140 Chateaubriand: *Los Mártires.*

141 Milton: *Paraíso Perdido. Poesías líricas.*
142 *El Vicario de Wackefield*, de Goldsmith.
143 Fielding: *Tom Jones.*
144 Walter Scott: *Ivanhoe, Quentin Durward, La Jolie Fille de Pert, l'Officier de fortune, Los Puritanos, La Prisión de Edimburgo, El Anticuario.*
145 Byron: *Obras escogidas.*
146 Malte-Brun: *Compendio de Geografía Universal.*
147 Rienzi: *Diccionario geográfico.*
148 Cook: *Viajes.*
149 Chardin: *Viajes.*
150 Mignet: *Historia de la Revolución Francesa.*
151 Heeren: *Manual de Historia Moderna.*
152 Voltaire: *El siglo de Luis XIV.*
153 Mmme. de Motteville: *Memorias.*
154 Richelieu: *Testamento político.*
155 *Vida de Cronwell.*
156 Comines: *Memorias.*
157 Bossuet: *Compendio de la Historia de Francia.*
158 Donina: *Revoluciones de Italia.*
159 Ascargorta: *Compendio de la Historia de España.*
160 Robertson: *Historia de Carlos V.*
161 Hume: *Historia de Inglaterra.*
162 Hallam: *La Europa medioeval.*
163 Fleury: *Historia eclesiástica.*
164 Gibbon: *Historia de la decadencia romana.*
165 Heeren: *Manual de Historia antigua.*
166 Tácito: *Obras.*
167 Herodoto.
168 Tucidides.
169 Arriano: *Alejandro.*
170 Barthelemy: *Viaje de Anacarsis.*
171 Winckelmann: *Historia del arte entre los antiguos.*
172 Leonardo da Vinci: *Tratado de la pintura.*
173 Gretry: *Memorias sobre la música.*
174 Aristóteles.
175 *El Corán.*
176 San Bernardo: *Tratado sobre el amor de Dios.*
177 *La imitación de Cristo.* Traducción en verso de Corneille.
178 Bossuet: *El Catecismo de Montpellier. Exposición de la Doctrina Católica.*
179 San Agustín: *Comentarios al sermón de Jesucristo. La ciudad de Dios.*

GUIA PROFESIONAL

ABOGADOS

MARCO TULIO VIQUEZ A.
PASANTE DE ABOGADO
Oficina contiguo al Teatro Nacional
APARTADO 808

Juan Bautista Montalto
Rafael Herrera J., José Cordero Zamora
ABOGADOS Y NOTARIOS
Oficinas: Frente al Registro Público.

JOSE ALBERTAZZI AVENDAÑO
Abogado
Depacha en las Arcadas, lado Oeste.

CARLOS Ma. JIMENEZ
Abogado y Notario

DENTISTAS

Dr. M. FISCHEL
Dentista américano
Teléfono 683 — Apartado 434
Venta de materiales para dentistas. Frente al Correo.—San José.

JOSE J. JIMENEZ NUÑEZ
Dentista

Doctor ROBERTO JIMENEZ ORTIZ
Dentista americano
100 v. al N. del Royal Bank of Canada.
Teléfono 530

MATEO FOURNIER Q.
Dentista
Oficina contiguo al Hotel Washington, costado Sur de la Catedral.

Dr. V. M. RUIZ
Dentista
Lado del Banco Internacional de C. R.

MEDICOS

Doctor Constantino Herdocia
MEDICO Y CIRUJANO
Enfermedades de los ojos, oídos, nariz y garganta. Horas de oficina: 10 a 11.30 a. m. y de 2 a 5, contiguo al Teatro Variedades.
Teléfono número 1443

El esfuerzo y la actividad, triunfan en la vida.

Pasa de QUINCE MIL YARDAS, los DRILES, COTINES, CÉFIROS Y MEZCLILLA que fabrica mensualmente la **Compañía Industrial, EL LABERINTO** y por su INMEJORABLE CALIDAD, PERFECCIÓN Y SOLIDEZ, se vende todo a medida que sale de los talleres de la Compañía. El público puede encontrar esos famosos géneros de algodón y sus renombrados PAÑOS DE MANO, en los siguientes establecimientos:

SAN JOSE.—Ismael Vargas, (Mercado).—Jaime vargas, (Mercado).—Tobías A. Vargas, «La Luz».—Enrique Vargas, (Mercado).—Domingo Vargas, (Mercado).—Sérvulo Zamora, (Mercado).—Antonio Alan & Cº.—Domingo Vargas, (Mercado). José Barzuna Sauma, (Mercado).—José Barzuna Mena, (Mercado).—Breedy & Cº, (Pasaje Jiménez).—Esquivel Hermanos, «La Gitana».—R. Guilarte & Cº, «La Reina».—José Sarkis, «La Gran Señora».—Colegio de Sión.—Colegio de Señoritas.—José Nassar, (Mercado).

La COMPAÑÍA INDUSTRIAL, EL LABERINTO cotiza todos sus productos al cambio del día, y en calidad y precio compite ventajosamente con los extranjeros.

Apartado No. 105 — Teléfono No. 254

SAN JOSE DE COSTA RICA

Imprenta y Librería Alsina.—San José, Costa Rica.